

El Ritual

Patricio Flores



Capítulo 1

El Ritual

Llevábamos varias horas de viaje y frente a la antigua micro que se dirigiría al costero pueblo de Cobquecura, nos dimos el ánimo suficiente sabiendo que sería la última. Era nuestra primera vez por estos lados y la verdad es que no se me habría ocurrido ir a esas localidades por gusto propio. Todo se lo debía a mi abuelo y la historia que me contó, y la misión que me encomendó meses atrás.

Este último viaje fue bastante más rápido en relación a los otros. Pese a eso, y a que Maca durmió plácidamente apoyada sobre mi hombro derecho, no pude pegar un ojo durante los 45 minutos del trayecto. Afuera, el verde de los valles que se divisaban desde arriba, lo rodeaba todo. Los árboles, las praderas y las escasas casas intercaladas con plantaciones de todo tipo se aparecían ante mis ojos, causándome fascinación. Quizás venía de familia, pensé.

—Es el tercer bus que me haces tomar. Te debo querer harto la verdad —me había dicho Macarena. Y la verdad es que yo también lo creía y por ello fue que no dudé en que fuese mi compañera en esta misión.

La mochila reposaba en mi regazo y solía mirarla de vez en vez, como si mágicamente fuese a desaparecer de un momento a otro. Sentía la tremenda responsabilidad depositada, casi literalmente, en mis hombros.

Mi reloj marcaba las 2:30pm cuando a través del parabrisas del bus y mientras descendíamos por curvas pronunciadas, vi el mar apareciendo a lo lejos, sobre un puñado de casas y sentí el perfume inconfundible de la vida que representa. Un cielo celeste y un sol aún tímido nos dieron la bienvenida.

—Estamos llegando —le susurré a Maca.

—Está helado aquí —me respondió luego de estirarse en el asiento.

Pasados 5 minutos habíamos llegado a Cobquecura, famoso por ser epicentro del terremoto ocurrido hace varios febreros atrás. El bus paró en plena calle principal y nos bajamos apreciando que no había rastro de catástrofe alguna. Era básicamente, un pueblo playero con casas antiguas, calles angostas, negocios de abarrotes de cuadra en cuadra y algunos de artesanías varias.

—¡¿Holaaa?! —gritó Maca con impaciencia, afuera de una casa de dos pisos bastante grande, ubicada en una calle angosta a un costado de la principal. Habíamos llegado allí luego de caminar 3 cuabras desde

donde habíamos llegado.

Al fondo del terreno se leía en un aviso de madera y letras barnizadas: "Hotel de Piedra". La mala noticia es que el letrero yacía de lado en el suelo y contra el muro que daba a la casa contigua. Todo estaba cerrado, lo que no era buena señal.

Desde el fondo de la construcción, caminando lentamente por el pasillo en dirección a nosotros, una anciana con cara de confusión, nos dijo a medio camino:

—¿Sí, qué quiere?

—Queremos una habitación —dije.

—Aquí ya no arrendamos habitaciones mijo —soltó al llegar frente a nosotros separados por el portón.

—¿Conoce otro lugar donde podamos alojar por esta noche?
—preguntó Maca a mi sorpresa.

—Sí, hay varios

—¿Pero no hay ninguna posibilidad de que nos quedemos aquí señora?- agregué.

—Le dije que ya no arrendamos.

—De verdad queremos quedarnos aquí —lancé con una seguridad que sorprendió a la Maca de quién sentí una punzante mirada. Antes de que la señora respondiera agregué: —Sé que hace una paila marina de los dioses con ensalada a la chilena con un ingrediente secreto.

Casi de inmediato, al terminar mi frase, noté en los ojos de la anciana un destello de emoción. Una dulce y lenta sonrisa se posó en sus labios.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Un dato que me dieron. Me muero por probarla. Por favor.

La anciana dudó y dijo:

—Al fondo hay un departamento que ya no arriendo pero ocupan mis nietos y sobrinos cuando se aparecen por estos lados. Lo últimos se fueron hace una semana y los próximos se supone que vienen este fin de semana así que...

—No se preocupe, estaremos solo esta noche.

—Está bien chiquillos. Pasen —respondió con renovada energía.

Después de ayudarla a mover el pesado portón corredizo, la seguimos por el pasillo hasta el patio trasero donde pasamos al maltrecho letrero de madera. La señora abrió una puerta y entró a un pequeño cuarto que tenía una ventana tapiada. Imaginé que en mejores tiempos allí debió atender a sus huéspedes, los registraba y les daba la llave de sus habitaciones. Luego de 3 minutos salió con una llave colgando de un largo llavero de madera entre sus arrugadas manos.

Un par de metros más allá nos abría la puerta de una casa interior. Realmente lo era. Tenía un living con sofá de tres cuerpos, comedor, cocina americana y un baño al fondo. Frente a él, una escalera subía a las habitaciones. Eran dos. Ambas amobladas. La pequeña con dos camas de niño y en la grande una bella matrimonial.

—Está todo muy lindo —dijo Maca —¿Por qué no siguió arrendando?

La anciana pareció entristecer al pensar en la respuesta.

—No tengo la fuerza de antes, ni este pueblo el brillo que solía tener. Mejor pasar mi vejez tranquila. Disfruten. Les haré la paila ya que tanto les hablaron de ella. Van a tener que esperar como dos horas eso sí.

—No se preocupe, esperamos —dije pensando en todo momento en mi abuelo. No tuve dudas de que esa era la casa interior de la que me había hablado. Una emoción incontrolable se apoderó de mi al pensar en que él mismo había subido por esa escalera, había dormido en esa misma habitación, quizás incluso en esa misma cama y había mirado por la misma ventana con vista a un pequeño cerro seco y pedregoso. Cuántas veces estuvo aquí, cuántos años, cuántas emociones sucedieron en ese mismo lugar. Todo me hacía sentir más cerca suyo.

Deposité con cuidado mi mochila sobre un sofá individual café que había en un rincón de la habitación.

—¿Por qué insististe tanto para que nos quedáramos aquí? —disparó Maca sentada a los pies de la cama.

—Por la paila marina —respondí rápido sin mirarla demasiado por miedo a que reconociese la verdadera razón. Suele hacerlo.

—¿Y qué vamos a hacer dos horas aquí?

Caminé junto a ella y me dejé caer sobre la cama como un saco de

papas.

—Dormir. Ven.

Maca no opuso ningún reparo y dormimos plácidamente un rato. Por muy de noche que haya sido nuestro viaje desde el norte, no se duerme bien en un bus.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que la anciana tocó la puerta de entrada para avisarnos que el esperado plato estaba listo.

—Está exquisito —lanzó Maca con genuina emoción.

—Sí, muy bueno señora. Mejor incluso de lo que había escuchado.

—Gracias chiquillos. ¿Qué otras cosas y lugares les recomendaron?

—Visitaremos ciertos lugares después de terminar —dije con la boca a medio llenar de papas y sopa.

La anciana pareció sentir que molestaba al hacernos esa pregunta mientras disfrutábamos su plato y se fue en dirección a la puerta para salir.

—¿Cómo fue? —le pregunté —Atender a tanta gente, por tantos años.

Ella, mirando un indeterminado punto del piso, sonrió.

—Lindo mijo, a veces pienso en ello. La vida se pasa tan rápido y no valoramos lo que hacemos.

—¿Mucha gente que se repetía, que venía siempre? —agregué en un arranque de ansiedad que logré contener para no revelar lo que realmente quería saber.

—Sí... siempre. Algunas caras aún las recuerdo. Otras nunca realmente se fueron —concluyó emocionada. Se dio media vuelta y salió de la casa lentamente.

Un escalofrío corrió por mi cuerpo. Quizás entre algunas de esas caras estaba la de mi abuelo...

Al terminar nuestro almuerzo, Maca y yo nos cambiamos de ropa a algo más ligero y salimos a conocer otros lugares que debía visitar. Siempre con mi mochila en la espalda.

Recorrimos las angostas calles del pueblo con la brisa y el aroma del mar refrescando nuestros rostros y sentidos, pese a la lejanía con la playa. Podías notar que pese a no ser verano, había muchos turistas tal como nosotros, recorriendo las calles, comiendo en sus restaurantes de pescados y mariscos o comprando en las casas reacondicionadas como tiendas de artesanías. Pero pese a eso, se sentía una paz especial. El ritmo de la vida era otro y te invitaba a seguirlo, y así, con él, llegamos a su plaza de armas. Allí, sentados en el pasto hablamos del lugar, de la vida y de nosotros rodeados por su verde y de los arboles gigantes cuyo follaje se meneaba por sobre nuestras cabezas.

“Dulce Bienvenida” era un lugar pequeño. Contaba con dos ambientes. En el primero estaba el mostrador de tortas, pasteles y dulces, la caja y la cafetera que nunca dejó de sonar. También un par de mesas y un diario mural adosado a una pared que anunciaba un acto para recordar que el “mar nos pertenecía a todos”. Por el pasillo llegabas a un espacio aun más pequeño con un par de mesas, donde al fondo podías ver que tras dos puertas de madera, se escondía la cocina.

Nos sentamos al comienzo y tomamos 2 jugos naturales y comimos trozos de torta de arándanos y de lúcuma. Mientras estábamos en eso, conversando de la vida, a Maca se le dio vuelta parte de su jugo de frutilla sobre la polera que traía. Roja de la vergüenza secó lo que cayó al piso con mi ayuda y de la del cajero-mozo que nos atendía. Reímos mucho de su extraña torpeza. Llevaba casi 7 años conociéndola y jamás le había pasado algo así frente a mí. Era mucho más común ese tipo de torpezas en mí y quizás por eso disfrute tanto la suya. No por burlarme de ella, aunque algo de eso hubo, sino porque quise pensar que algo o alguien quería que se llevara algo de este lugar en su polera, junto a ella.

—Supongo que ahora vamos a la playa —aseveró poniéndose sus lentes de sol en plena calle y obviando la mancha colorada que quedó en su polera amarilla.

—Supones bien. Parece que el “jugazo” te despertó.

Tomamos una pequeña y vieja micro que nos acercó a ritmo muy lento, hacia el lugar donde el antes tímido y tibio sol, ahora parecía brillar sin complejos. Recuerdo haber mirado por mucho tiempo a Maca cuando la costa, la playa y el mar se aparecieron frente a nuestros ojos. Los de ella irradian de vuelta lo que ante sí se presentaba. Me quedé mirando a través de sus ojos, de la inocente sorpresa y alegría de sus gestos y de la sonrisa extensa que solía compartirme cuando se volteaba para cerciorarse de que estaba mirando la misma maravilla que ella. Sé que pasamos por caminos de ripio, subimos y bajamos por pequeñas colinas hasta llegar al destino, pero me fue imposible no brindarle toda mi atención a ella, mientras la mochila descansaba sobre mi regazo y entre

mis manos.

La playa era gigante, con kilómetros y kilómetros de extensión solitaria, el día se había vuelto hermoso pero las horas avanzaban.

—¿Debemos llegar hasta allá? —me preguntó Maca luego de bajarnos de la micro y mirando a lo lejos al otro lado por la orilla de la playa, donde se podía ver pequeños puntos oscuros que eran personas.

—Sí —respondí meneando la cabeza y haciéndole un gesto de resignación con los hombros. Lejos de desanimarse, divisó el lugar y en su mirada reconocí la invitación a un reto.

—Ok, el ultimo invita a comer —señalo y echó a correr riendo. No me quedó otra que seguirla.

Lo cierto es que corrió mucho, casi $\frac{3}{4}$ del recorrido necesario para llegar al otro extremo de la playa. La seguí como pude motivado por sus risas burlonas y frases socarronas. Después de alcanzarla y sostenerla lo suficiente para que el mar se vengara por mi mojándola, caminamos el resto hasta llegar a nuestro destino que minutos antes habíamos visto tan lejos.

Un bote a motor justo salía del mar y se internaba en la playa con la ayuda de un pequeño tractor, ante la atenta mirada del gentío incluidos nosotros. Inmediatamente el par de pescadores comenzaron a vender sus mariscos a una ávida clientela que se acercó con rapidez y fue allí que nos percatamos que un poco más atrás, atravesando un delgado camino de tierra terminada la arena, habían unos locales gobernados por sus propias dueñas, vendiendo mariscos aliñados con limón, cilantro, ají y un gran etc. en vasos plásticos. Compramos dos y nos fuimos a deleitar en la orilla de la playa mirando el mar.

—Estoy muy cansada —remató Maca luego de terminado su mariscal.

—Yo también, pero nos queda una cosa más que hacer —le dije mirando hacia lo alto dónde justo a nuestro costado, un pequeño monte nacía de unos roqueros donde las olas chocaban con inclemente fuerza.

—¿Quieres que suba allí?

—Quiero y vamos a subir.

—Ah muy bien jefe. Así me gusta —me respondió cerrando un ojo y poniéndose de pie con un respingo.

Subí por el rascoso monte sabiendo que ese era el lugar del que más me había hablado mi abuelo y eso me ponía paso a paso más nervioso. Llegamos a la cima donde una meseta nos recibía con un pequeño pero impresionante sector repleto de vegetación y en especial de flores amarillas recién emergidas gracias a la primavera. Hacían un curioso juego y combinación con la polera de Maca. Algo que ella disfrutó como niña chica.

Un poco más allá la divisé: la pequeña playa rodeada de rocas en cada extremo. Debíamos bajar. Después de hacerlo con mucho cuidado de no pisar la roca equivocada, logramos llegar a la famosa playa de mi abuelo. Estábamos solos. Era como si nadie más supiera de la existencia de ese lugar.

Macarena trotó por la arena y se sentó en el límite de donde el agua había marcado su territorio. Hizo un gesto con la palma de la mano en la arena para que la acompañara.

—Gracias por traerme —dijo sonriente. Los últimos rayos del sol comenzaban a marcar presencia y en su rostro iluminado se veían hermosos.

—¿Me vas a contar ahora por qué me trajiste?

—Sí —respondí y me desprendí de la mochila que llevaba tan bien ajustada a mi espalda. La abrí y saqué el tarro de aluminio sin etiqueta alguna en su exterior.

—¿Vamos a tomar café? ¿Leche? —conjeturó extrañada mirando el objeto contenido con solemnidad entre mis manos.

—No, lo que tengo aquí son... —alcancé a decir antes de sacar la tapa que había asegurado con huinchas adhesivas. Lo que vi dentro me perturbó.

—¿Qué pasa?

Miré el interior incrédulo y sin poder moverme.

—Yapo pablo ¿Qué pasa?

—Están eran las cenizas de mi abuelo Tomás —balbuceé.

—¿Las cenizas Pablo? ¿Pero cómo? ¿Por qué las trajiste?

—Porque...

—Déjame ver —lanzó inquieta Maca y me arrebató el tarro de las manos.

—Las saqué de la ánfora que está en la casa de la abuela y las puse aquí para traerlas hasta acá y dejarlas...

—Estas no son cenizas. Esto es... no sé ¿harina tostada? lo otro es ... No se...

Yo simplemente no lo podía creer.

—Mira prueba...

—No, estás loca —no necesitaba hacerlo para saber. Me di cuenta apenas las vi. —No entiendo nada.

—Cuéntame todo ahora.

Recuerdo que inspiré tomando todo el aire posible y le conté:

—Mi abuelo, semanas antes de morir, pidió hablar conmigo, él ya no estaba bien y lo sabía. Lo fui a ver y asegurándose que mi abuela no estuviera, me contó su historia.

Macarena me miró con la mayor sorpresa y expectación que le hubiese visto nunca.

—Me habló de Marianela, su gran amor.

—Pero tu abuela no se llama...

—No, el amor de su vida fue otra mujer —vi que Maca entornó los ojos y arrugó la boca como si se hubiese enterado del mayor chisme del último tiempo. —Bueno y me contó como por mucho tiempo se veían cuando ambos podían ya que vivían muy lejos el uno del otro..

—¿Esto fue antes o durante tu abuela?

—Antes. Se amaban. Eran chicos, de nuestra y menores incluso, pero no se veían mucho. Ella era de cerca de aquí. Mi abuelo me pidió que recorriera cada uno de los rincones que fueron importantes para los dos y que como fuese, trajera sus cenizas a este mismo lugar. No puedo creer lo que pasó —concluí y recuerdo que rompí en un llanto muy contenido, porque sentí que había fallado, rotundamente.

—Tranquilo, no es tu culpa —me abrazó. —¿Pero qué pudo haber

pasado? Tu abuela quizás supo y...

—No sé, quizás... que estúpido. Era de noche cuando las pasé del ánfora y no quise ocupar mucha luz.

Las olas rompían con fuerza contra las rocas a escasos metros nuestro y el sol ya se estaba escondiendo tras el horizonte dejando un tono naranja opaco sobre todo los que habitábamos bajo su reino. Por un momento deje de lamentarme y miré al mar, su calma y furia mezcladas en perfecta armonía como dos caras de una misma moneda pero que en este caso se suelen enfrentar y confundir siempre.

Sentí el abrazo de la Maca, el dulce perfume que solía ocupar junto a su cuello y su pelo castaño que adquiriría un tono rojizo que se convertía en chocolate con el pasar de los minutos en ese momento del día y entendí lo que mi abuelo quería con todo eso. Él sabía que vendría con ella, que me seguiría sin cuestionar nada como solía hacerlo. Él sabía que recorrería cada uno de los lugares de los que me habló con tanta nostalgia y que significaron cosas que solo él podía entender. Sabía que los caminaría con ella de la mano, con su risa, su cansancio, sus bromas, enojos y abrazos a cuestas. Que quizás no se trataba de acarrear sus cenizas por estos lugares hasta lanzarlas a esa playa, sino de volver a vivir aunque sea por un día en mí, y a su vez dejarme un legado. Un momento, ese momento frente al mar con el sol extinguiéndose tras su velo azul. Nunca le dije a Maca esa revelación y quiero creer que ella también recibió una a su manera.

Con el tiempo nunca supe, ni quise saber que había pasado con las cenizas. Si mi abuela las había cambiado o si habían existido cenizas alguna vez. Incluso llegué a cuestionar si la historia con Marianela fue cierta. Mi abuelo se caracterizaba por ser un bromista cruel. Esa misma tarde donde me contó la historia con Marianela y me ordenó todo lo que debía hacer, me cambió el azúcar por sal en ese clásico frasco de cerámica azul que tenían al ofrecirme un té... Quizás todo fue mentira. Mi abuelo pudo haberse hasta puesto de acuerdo con mi abuela para hacerme caer. O quizás, y como le gusta creer a Maca, Marianela era la propia anciana de el "Hotel de Piedra". No lo sé. Nunca quisimos saber y hubiese sido fácil hacerlo, encarando a mi abuela, preguntando a mis padres o tíos, pero no. Y cada cierto tiempo cambiamos teorías con Maca y apostamos por ellas sabiendo que nunca conoceríamos la verdad por voluntad propia. Es mejor así.

Los años pasaron, mucha gente también pasó pero ese día sintiendo la brisa del mar y su mano entrelazada con la mía, quedaron para siempre. Fue un acto de amor de mi abuelo hacia mí. Fue su leyenda y cada año que podemos volvemos a hacer su ritual y terminamos en su playa frente

a ese mar que ya son nuestros.

FIN.